

CARAS y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE ACTUALIDADES

JOSÉ S. ALVAREZ
FUNDADOR

CARLOS CORREA LUNA
DIRECTOR

JOSÉ M. CAO
DIBUJANTE

AÑO X

BUENOS AIRES, 20 DE JULIO DE 1907

N.º 459

La extensión universitaria



—Según el proyecto que he presentado, se concederán trescientas leguas á mi Universidad.
—¿Qué le parece?
—¡Asombroso! Porque si la Sorbona con unas cuantas varas cuadradas ha producido lo que todos sabemos, ¿qué no producirá la universidad latina de La Plata!

Dib. de Cao.

La llave

De insomnio fué la noche para Arnaldo.

Como dos potros tirando en opuesto sentido, dos pensamientos antagónicos, fundamentalmente distintos, forcejeaban con igual tenacidad y potencia distendiendo su espíritu.

Era la última noche de soltero, la última noche que debía pasar dentro los muros amigos de su aposento, en la apacible mansión materna. Ateñaceábase el dolor de la partida; había algo que le enclavaba allí; y había, por otra parte, un contento esperanzoso que le espoleaba incitándole a partir.

A un mismo tiempo deseaba que fuera eterna aquella noche, y que volaran raudas las horas de aquella noche.

El pasado, con su tibio nido de recuerdos dulces, de la infancia sin inquietudes, parecía decirle con la voz acariciadora de la madre:

—«¡No te vayas aún! Estas paredes están impregnadas de tu propio ser; ellas guardan la huella de tus dolores infantiles, de tu sarampión y tu escarlatina y hasta el último eco de tus gemidos y hasta la última gota del llanto de tu madre, y hasta la última congoja de tu madre cuando ya con los ojos áridos, se moría viéndote morir!... ¡No te vayas aún!

Y una mariposa rosada, revoloteando sobre su lecho, replicaba:

—«¡Apresúrate!... sepulta de una vez la existencia pasada para vivir la vida nueva que se abre. Los muertos siempre estorban. El ataúd y la cuna no pueden estar juntos, porque son términos sucesivos y excluyentes!...»

Y tornaban a hablar los viejos muros amigos, diciendo:

—«Espera, medita, no te decidas aún. Nosotros conservamos memoria de todas tus ansiedades de adolescente, de tus torturas de estudiante en fiero batallar con el enigma de la ciencia, de tus esperanzas y de tus temores, del lacerante desvelo, de las vísperas de prueba y del plácido dormir de las noches de triunfo!...»

Y la mariposa, dibujando arabescos en el aire, cantaba alegre:

—«¡Vamos!»... Es el día que empieza, es la aurora que desgrana pétalos escarlata, es la ilusión que te invita a las delicias de un mundo nuevo, un mundo al cual penetrarás por los dos ojos azules de tu amada!... ¿Qué te detiene aquí?... Miseras murallas envejecidas, escualido mueblaje de soltero,

agrias reminiscencias de lucha, áspero testimonio de cruentas porfias, vulgar exponente de años vagos, incoloros y sin relieve. ¡Concita todas tus energías, vuelca en la fosa abierta el cesto de lo que ha existido y echa a andar resueltamente

hacia lo que será, hacia lo que viene, hacia la promesa, hacia el sitio donde sale el sol!...

En tanto, la voz de las cosas familiares, hablando con timbre de suavidades parecidas al brillo de los rasos enrojecidos, aconsejaba:

—Reflexiona. La llanura es monótona, pero es buena; el mar es tentador, pero inaccesible. En todo caso, ya que es forzoso marchar, guarda en devoto relicario el recuerdo de las horas dulces y descoloridas de la infancia, que pueden servirte de lenitivo en las amarguras de lo porvenir, porque tú sufrirás cual todos sufren, y tú vivirás, probablemente, las ansias de tu madre junto al pequeño enfermo.»

Fué toda de insomnio y de agitación aquella noche.

Clareó el día, la luz disipó tristezas y la brisa hizo flotar el pabellón augural de la aurora.

En la tarde, pocos momentos antes de partir para el templo donde iba a realizar el sueño de su vida, Arnaldo acercóse a su madre y respetuosamente le devolvió la llave de la puerta de calle, aquella que la buena señora le diera cuando empezaba a despuntarle el bozo.

La mano del joven temblaba al ofrecerla y la madre, no obstante sus esfuerzos por mostrarse serena y risueña a fin de evitar la más mínima sombra en el día radioso de su hijo, sintió humedecerse sus viejos ojos fatigados.

Arnaldo bajó la vista apesadumbrado y cuando el pequeño hierro abandonó sus dedos, experimentó un sensación de frío y de miedo. Había cerrado una puerta, había concluido irremediamente un ciclo de su vida. El porvenir se erguía con sus luces y sus abismos. La casa materna le continuaría abierta de par en par; pero la vida anterior borrarbase de súbito para siempre ante anhelos y deberes recién nacidos.

Un gran silencio acompañó la escena. La llave simbólica desapareció.

JAVIER DE VIANA.

Dib. de Hohmann.

